

Vecinos de los días

Gisela Sofía Posada M.

Silenciosos y de pie, hasta en su muerte, los árboles del centro de Medellín hacen acogedora una ciudad que hierve y escasamente respira. Ellos iluminan el paisaje cuando florecen. Los hay de blanco, amarillo, púrpura, rojo, lila o naranja; parecen decir que algo aún no está perdido. Los hay frutales y tienen su raíz aferrada a la tierra mientras ocupan el centímetro que les dejó el asfalto. Evocan un valle sumergido y parecen sobrevivientes de la devastación, algún rumor traen de una tierra anterior y centenaria poblada de ríos, aves y quebradas.

Los pájaros viven de sus semillas y muchas especies se han pasado a vivir en sus troncos. Niños bajan de las copas altas las guayabas o los mangos maduros que les devuelve ese sabor a provincia, a solar de barrio, en la quietud de la tarde. Algunos creen o están convencidos de que son espíritus evolucionados, gigantes vegetales donde solo el tiempo existe y que el espacio entre el cielo y la tierra es su grueso tronco que parece inmóvil. Viven una subsistencia de intercambio amoroso del agua en la tierra, de la luz en el cielo y, al parecer, poseen un tipo de conciencia.

Algo vuelve con los árboles, algo se detiene y nos detiene ante estos testigos de la memoria. Son la contención más benévola por donde respira la ciudad. Algunos transeúntes, por suerte, se asombran cuando en sus cabezas estalla la semilla y la mirada a lo alto les recuerda que ahí vive la ceiba tronadora.

Por estos días, en ese centro tumultuoso, ruidoso, hostil y tantas veces amado, un ritual ha comenzado a cambiar ciertas dinámicas acostumbradas en el espacio público. Han llegado los “Bautizos botánicos”, con la invitación

de comunicarse con los árboles, una disculpa para reconocerlos como entidades vivas. Son parte del amueblamiento urbano, ese es su aporte natural, pero, más que embellecer, son esa línea de fuga que en pleno corazón de la ciudad hace posible volver la mirada a la vida que habita en cada uno de ellos.

Sabiendo de su existencia, los “Bautizos botánicos en nombre de todos” surgen en 2016, como iniciativa de la Universidad de Antioquia y la Alcaldía de Medellín y, con el aporte del Herbario Universitario, ha cogido certeza en su intención. Su sencilla pedagogía ofrece un camino hacia el encuentro de estos habitantes de plazas, parques o avenidas; la disculpa ha sido visitarlos y estar cerca, unos minutos destinados para cada uno, saber su origen, su nombre vulgar y científico, el porqué de sus formas, de sus gustos e intentar oír su voz secreta.

Este viaje ha completado a la fecha cinco bautizos y más de ochenta especies identificadas. En los recorridos, niños y adultos concurren en este encuentro con la naturaleza mientras el biólogo Felipe Cardona y el botánico Norberto López hacen la dupla perfecta del rigor, el dato científico, la anécdota de la ciencia y la claridad acumulada por años. El toque del juglar, encarnado en el botánico disfrazado, quien llega con su voz dulce, sus ademanes y cantos para entregar todo lo aprendido de los árboles y rendirles un tributo de música en el sonar de su flauta para que un caracol de mar, soplado fuertemente, oficie el bautizo a estos seres parte de un mundo silencioso. En círculo, los participantes palpan su tronco, sienten sus partes, recrean las miradas, los recuerdos de infancia y saltan las preguntas más sencillas y reverenciales ante estos dueños del estoicis-



Edwin Monsalve. *Vista serie transmutaciones*. Fotografía: cortesía artista

mo. La premisa es ir hacia ellos, que sientan la compañía, que escuchen y sientan a los merodeadores de su mundo. Un inventario con ojo agudizado va completando el recorrido. Algo amargo queda luego de cada recorrido en medio de la alegría de haberlos visitado: los árboles sufren los males de nuestra sociedad y devuelven limpio el aire tóxico. La polución que se tragan (y que nos tragamos) alcanza hoy día niveles aberrantes.

Sí, estos inquilinos y, en especial los grandes de tradición centenaria habitan el centro; ceibas, laureles, palmeras de mucha vitalidad, como guardianes esbeltos en el portal de la iglesia de San Ignacio. Algunas de ellas alcanzan sus cien años y su altura conversa con la cúpula del edificio de San Ignacio, antes observatorio astronómico. La mayoría expone sus heridas y son organismos frágiles ante un ambiente adverso.

Según lo dicho por el gobierno local, trescientos árboles nativos llegarán al centro para fortalecer el círculo virtuoso que se crea entre especies vegetales, fauna e insectos. Ya se dejan ver algunos recién sembrados, recién llegados, con su cuerpo adolescente a reemplazar las pirámides de la avenida Oriental en Medellín, una avenida que partió en dos el Centro y por donde cruzan miles de carros diariamente. Es evidente que no se trata solo de ornato puesto en la vía pública; muchos de ellos fueron trasplantados y vienen con empeño a purificar el aire e impregnar en sus hojas las partículas que, de no ser por ello, llegan a contaminar los pulmones.

Ellos se suman a las más de doscientas especies existentes en el centro de la ciudad. Hacen su tarea más amada, dar frutos y sombra

y climatizar los lugares. Pero esa labor debería ser de doble vía: no solo ellos deberían aportar a un centro más vivo: en tanto que ellos hacen más que embellecer el paisaje natural, las prácticas humanas resultan ser tan nocivas al medio ambiente, que la idea de preservación termina siendo una frase hueca.

Mientras la lógica elemental ni siquiera separe las basuras, ni exista una política que estimule y enseñe sobre el manejo de los residuos; mientras el ruido producido por vehículos, máquinas y aparatos del llamado progreso no disminuya, lejos se está de ejercer un derecho al disfrute de la ciudad, con menos carros y más espacios verdes y públicos para los ciudadanos.

Ante esta realidad, estos maestros de pie, con fisonomías caprichosas, dan ejemplo de un trabajo silencioso, austero, fundamental, lejos del reconocimiento, de la figuración. Sus nombres sonoros tienen la fuerza de lo nombrado: palmichos, ceibas, cauchos, búcaros, guayacanes, orejeros, cascotes de vaca, almendros, algarrobos, nísperos, urapanes.

Qué sería de la ciudad sin ellos, qué de los días sin los árboles, qué triste se vería el mundo sin su verdor, qué aburrido no tenerlos como vecinos de los días, como amigos para saludar en el comienzo de cada mañana y para despedir al despuntar la noche.

Gisela Sofía Posada M. es Comunicadora Social-Periodista. Lidera el Programa Cultura Centro de la Universidad de Antioquia. Escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Máter*.



Edwin Monsalve. *Expedición Extinción II (Smilax Tomensa)*. Petróleo, carbón mineral, cinta botánica y grafito sobre papel. 52 x 70,5 x 5 cm. 2016-. Fotografía: Oscar Monsalve